



entre desarrollo e interculturalidad

*Fernando Limón Aguirre**

Afortunadamente, en los últimos tiempos ha sido menos sacrílego animarse a adoptar una actitud crítica ante lo que se nos ha impuesto como “el desarrollo” (ése que plantean como el desarrollo del país, de los pueblos, de la humanidad...). De la misma manera, es una fortuna que contemos en estos tiempos con un movimiento indígena o con movimientos indígenas que están representando una verdadera esperanza, ésa sí para el país, para los pueblos y para la humanidad. Entonces, por un lado existe una serie de políticas y programas cuya consecuencia a escala mundial ha sido nefasta y ha justificado el enriquecimiento inhumano de unos pocos y la pérdida de identidad ante la miseria de muchos y, por el otro lado, una esperanza que nos convoca a esforzarnos por lograr el equilibrio que nos han enseñado nuestros “abuelos” y “abuelas”.

Vamos a profundizar en lo anterior y para ello conviene que partamos de la convicción de que vivimos en un mundo plural (en el que caben muchos mundos), pero también del reconocimiento de que en los espacios de mayor poder están ubicados grupos que se niegan a asumir esta realidad plural y a reconocer sus bondades, y se afanan en imponer su muy estrecha y particular forma de entender el mundo.

Si asumimos lo anterior, vale la pena pensar que existen diferentes proyectos en pugna, uno que va por el control y la dominación y otros que plantean la necesidad de un nuevo tiempo, más justo, más digno y tolerante con los diferentes, y más equilibrado. Algunos compartimos la convicción y la esperanza (que significa esfuerzo) de que estamos ya en un proceso de transición a un nuevo estadio de la humanidad, a una etapa nueva y diferente con formas más equilibradas de relacionarnos, entre gente, entre pueblos, con la naturaleza.

Nuestra esperanza, por lo consiguiente, es que el movimiento indígena, de los diversos pueblos, de las diversas organizaciones, nos ofrezca elementos para la ruptura de formas anquilosadas que lo único que han demostrado es lo devastadoras que son. Las actuales condiciones mundiales son el resultado de las políticas imperantes: la muerte de muchos, las catástrofes ecológicas, la dificultad de que la gente se asuma con posibilidades de planear su vida desde su propio lugar, con sus propios recursos y con su propia identidad; el acaparamiento inhumano y opresor, la distancia enormes entre el consumo de unos y la supervivencia de otros.

* Fernando Limón es investigador de la División de Población y Salud de ECOSUR San Cristóbal (flimon@sclc.ecosur.mx).



Para hacer planteamientos novedosos o propuestas alternativas es fundamental entender y asumir la realidad tal cual está. Las condiciones actuales de muerte no son por que los objetivos de quienes tienen el poder no se hayan logrado, sino todo lo contrario. Estamos en una situación y en circunstancias que así se han construido.

En concreto, estamos hablando de las políticas de desarrollo. El que nos han pintado como el inalcanzable desarrollo es lo que estamos viviendo. ¿Acaso es posible creer que después de más de cinco décadas de políticas de desarrollo, con la tecnología y los conocimientos que se han generado en todo el mundo, no hayamos podido llegar a donde verdaderamente se han dirigido las iniciativas y las propuestas correspondientes con esas políticas? Sí, estoy diciendo que lo que estamos viviendo: ¡eso es el desarrollo!

El desarrollo implica subdesarrollo, necesariamente. Entonces, la sugerencia es que desde los pueblos indígenas construyamos las alternativas al desarrollo, pero planteadas ya no desde dentro de las propuestas y programas del desarrollo, sino desde dentro de las raíces más profundas de las espiritualidades y las filosofías de los diversos pueblos; de la espiritualidad y la filosofía mayas en nuestro caso.

Rigoberta Menchú ha insistido remarcadamente que la situación de los mayas –de los pueblos indígenas en general– es la situación de pueblos milenarios. ¡Cómo no van a tener planteamientos tales pueblos milenarios después de evaluar que lo que hemos padecido las últimas décadas, que han sido los programas y las políticas de desarrollo, no han sido realmente opciones tiernas, tolerantes, humanas ni ecológicas!

Una cuestión básica es que si tenemos capacidad de mirar atrás, a nuestras raíces, nuestras culturas, nuestros valores, tendremos también la capacidad de lanzar nuestra mirada hacia adelante, de trazarnos rumbos, de ofrecer planteamiento para los nuevos tiempos. Debemos reconocer que esto no es fácil. En nuestros pueblos ya no todos sabemos cuáles son nuestras raíces, no sólo no conocemos o reconocemos nuestras culturas sino que hasta las



¿Acaso es posible creer que después de más de cinco décadas de políticas de desarrollo, con la tecnología y los conocimientos que se han generado en todo el mundo, no hayamos podido llegar a donde verdaderamente se han dirigido las iniciativas y las propuestas correspondientes con esas políticas? Lo que estamos viviendo: ¡eso es el desarrollo!



Existe un claro grito de resistencia que sale de las entrañas de los pueblos que saben que tienen su propia cultura. Es gente que sabe que desde el diálogo con otros diferentes es como crecerá su cultura. Ésta es la interculturalidad, en donde hay por lo menos dos en diálogo, capaces de recibir y de dar. Dos contentos de que existan dos.



rechazamos. ¿Cuánta gente de nuestros pueblos ya no enseña sus idiomas a sus hijos, cuántos se avergüenzan de sus tradiciones? ¿Cuántos niegan a su gente? ¿Cuántos ya no creen ni entienden lo que es comunidad?

Esto no es gratuito; hay una estructura de enorme peso que ahí nos conduce. Si hemos perdido nuestras raíces es porque a algunos –los que están en el poder– así les ha convenido. Pero si perdemos nuestras raíces ya no somos nada... ya no podemos plantear las alternativas, ya no podemos hacer críticas ni propuestas. Justamente, como un árbol sin raíces.

Si nos damos cuenta, el actual sistema mundial, los malos gobiernos que existen, tienen dificultades enormes al relacionarse con temas como la justicia, libertad, paz, democracia participativa, alteridad, corresponsabilidad, pueblos indígenas, campesinos, entre otros. Miremos el ejemplo de la ley de los derechos de los pueblos indígenas. ¡Qué gran complicación para poder integrar en nuestro marco jurídico lo que son los derechos de los pueblos!

Para los malos gobiernos los pueblos indígenas no existen, para ellos sólo hay indígenas sueltos, a quienes siempre ven como ignorantes, pobres, necesitados, incapaces, atrasados, gente que no sabe y que no puede. Así nos ven, así nos tratan, así nos acostumbran. Algunos, tristemente, así lo han asumido. Pero no es la realidad de todos. Existe un claro grito de resistencia que sale de las entrañas de los pueblos que saben que tienen su propia cultura; es un grito de gente que reconoce que sí sabe y que sí puede; que no tan fácilmente vive su vida como pobre. A esa gente, su pueblo le ha enseñado una cultura, le ha heredado sabiduría, y en su conciencia la defiende y la hace valer... la actualiza.

Para esas personas sí hay futuro junto con su pueblo y su comunidad y vale la pena defender su cultura. Pero también saben que desde el diálogo con otros diferentes es como crecerá su cultura.



Ésta es la interculturalidad –al menos en la que creemos–, en donde hay por lo menos dos en diálogo, capaces de recibir y de dar. Dos contenidos de que existan dos. Muchos contenidos de que existan muchos a quienes conocer, con quienes dialogar.

Desde nuestra experiencia reconocemos algunas cuestiones que son fundamentales para que podamos producir, reproducir y florecer en nuestras vidas (como pueblos indígenas) en comunidad. Si los vemos con calma, son los elementos que desde



los planes y programas de desarrollo no se enseñan, no se toman en cuenta, se tratan de evadir y de negar, pero que para nosotros son las más importantes: humildad, respeto a Dios, conciencia, cuidado a la naturaleza, equilibrio, relación con la madre tierra, conocimiento y análisis crítico de la realidad, autoidentificación, autonomía, no imposición, capacitación diversificada, organización,

comunidad, actitud analítica, rebeldía. Todas estas cuestiones son las que estamos defendiendo y son justamente las que no aparecen en los programas de educación, y si aparecen, nos las enseñan distorsionadas, no como nos las han enseñado nuestros abuelos y abuelas.

Si defendemos estas ideas es porque tenemos dignidad y porque queremos dar fuerza a lo que para nosotros vale: nuestras identidades, nuestros pueblos, nuestros territorios, Dios Corazón del cielo-Corazón de la tierra, la toma de conciencia, la capacidad crítica y analítica, la defensa del campo y la condición de ruralidad, los procesos colectivos y organizados. Y a la vez

reconocemos que desde los planes y programas de desarrollo en lo que más se piensa es en el dinero (al que han hecho su dios); en la puesta en marcha de programas sin consultar (la imposición); en capacitarnos para hacernos trabajadores de otros; en la venta y apropiación de todo, hasta de la tierra y la naturaleza; en los programas que lejos de atacar la pobreza y sus causas son empobrecedores.

Intentando resumir, podemos decir que estamos hablando de dos lógicas que son muy diferentes y que están en pugna. Una que es enarbolada por los propios actores, en un plano de dignificación y

posición crítica, con planteamientos que toman en cuenta la condición de sus propios pueblos; y otra que es enarbolada principalmente por actores en posición de poder con planteamientos dirigidos hacia otros, asignados como pobres y necesitados, reproduciendo y haciendo que se mantenga una condición indigna de incapacidad.

Es por todo esto que exigimos cambios. Es por todo esto que nos decimos: resistamos. Es por eso, pues, que desde nuestras culturas (muchas y en diálogo) es desde donde debemos hablar; desde ellas podemos y debemos construir los nuevos tiempos. 